

El mapa migratorio internacional de América Latina y el Caribe: patrones, perfiles, repercusiones e incertidumbres

Miguel Villa y Jorge Martínez P.*
(mvilla@eclac.cl; jmartinez@eclac.cl)

* Los autores son funcionarios del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), División de Población de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Las opiniones expresadas en este documento, que no ha sido sometido a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Organización. Santiago de Chile, noviembre de 2001.

I. Patrones migratorios internacionales de América Latina y el Caribe

Tres grandes patrones migratorios dominaron el mapa regional en la segunda mitad del siglo XX. La inmigración de ultramar refleja la tradicional atracción ejercida por la región sobre la población de otras áreas del mundo y configura el primero de estos patrones. El segundo, cuya persistencia está profundamente anclada en la historia, resulta del intercambio de población entre los propios países de la región. Finalmente, el tercer patrón discernible es el de la emigración hacia el exterior de América Latina y el Caribe, cuya creciente intensidad parece mostrar señales de expulsión. Si bien estos tres patrones son coexistentes, la importancia relativa de cada uno ha ido cambiando con el curso del tiempo. Antes de reseñarlos conviene aludir a las fuentes de información disponibles para su estudio.

1. Tratando de superar la indocumentación. La migración internacional es uno de los procesos constitutivos de la evolución y transformación de las sociedades de América Latina y el Caribe; sin embargo, el conocimiento de este proceso adolece de lagunas que dificultan la evaluación de sus tendencias, la predicción de sus mutaciones y el diseño de políticas apropiadas para su gestión. Uno de los factores que complota contra las posibilidades de documentar la migración internacional es la falta de datos apropiados, relevantes y oportunos. Como la información de los registros nacionales sobre entradas y salidas, autorizaciones de ingreso o permanencia y permisos de trabajo, presenta serias deficiencias¹, los censos de población se convierten en la principal vertiente factual para analizar la migración internacional. Mediante el intercambio de información es posible identificar la población empadronada en los censos de países diferentes al de su nacimiento y cuantificar los *stocks* de inmigrantes y emigrantes; tal es el sentido del Proyecto de Investigación sobre Migración Internacional en Latinoamérica (IMILA), originado en el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE) en el decenio de 1970. Este proyecto reúne datos con los que se construyen matrices de origen y destino de los migrantes entre países; la calidad migratoria —dependiendo de las preguntas contenidas en los censos nacionales— se especifica según el lugar de nacimiento de las personas, el año de llegada al país y el lugar de residencia en una fecha previa a la del censo, facilitando diversas estimaciones sobre inmigración y emigración.² Merced a la cooperación de los organismos nacionales de estadística, que entregan al CELADE los registros de personas nacidas en el extranjero, se generan tabulados sobre las características sociodemográficas (sexo, edad, fecundidad, mortalidad infantil, estado civil, educación e inserción laboral) de tales personas.³

No obstante las ventajas todavía insustituibles de los censos —como su universalidad y la vasta gama de datos sociodemográficos y demoeconómicos que recopilan—, la información reunida por el Proyecto IMILA adolece de restricciones. En primer lugar, muchos censos —especialmente los

¹ Como el propósito de los registros de entradas y salidas por los puertos internacionales de los países es dejar constancia de todos los cruces de frontera —que suelen ser muy numerosos—, la especificación de los migrantes propiamente tales es una tarea difícil; la cobertura de tales cruces suele diferir entre los diversos lugares de control y los criterios utilizados para su registro varían entre los países; además, los antecedentes recabados de las personas que entran o salen son escasos y de reducido potencial analítico, y no siempre son procesados adecuada y oportunamente. Limitaciones mayores afectan a las inscripciones administrativas de pasaportes, visados, extranjeros presentes o permisos de trabajo (Villa y Martínez, 2000).

² Si bien el Proyecto IMILA reúne principalmente datos censales de América Latina, también incluye las cifras sobre latinoamericanos censados en algunos países de fuera de la región, en especial los Estados Unidos y Canadá.

³ Además de proporcionar insumos para preparar proyecciones de población, la información del Proyecto IMILA se emplea en numerosos estudios sobre la migración internacional latinoamericana (CELADE, 1999; Martínez, 2000, 1997 y 1992; Pellegrino, 2001, 1995 y 1993). El CELADE publica periódicamente estos datos en su *Boletín Demográfico* y también los pone a disposición de los potenciales usuarios en la página *web* de la CEPAL (www.eclac.cl).

de aquellos países que tienen proporciones elevadas de migrantes indocumentados o donde los extranjeros perciben riesgos de discriminación (Jaspers-Faijer, 1987)— presentan omisiones diferenciales entre el total de la población y los migrantes internacionales; dicha omisión es más frecuente entre las personas que no pertenecen a un hogar, como sucede con los inmigrantes que dejan tras de sí a su familia. Un segundo orden de limitación atañe a la comparabilidad de los datos a escala internacional, ya que además de las diferentes interpretaciones de la noción de residencia entre los censos *de facto* y *de jure*, las boletas censales de los países no siempre incluyen las mismas preguntas, lo que incide en diferentes especificaciones del concepto operativo de migración y de sus características demográficas y socioeconómicas; la fluctuante periodicidad de las operaciones censales nacionales es otro factor que restringe la comparabilidad. Un tercer tipo de limitación es de índole metodológica: como el censo empadrona la población existente en un momento dado, sus datos se refieren sólo al *stock* total de migrantes acumulados hasta entonces (es decir, al número de aquellos que sobrevivieron y no volvieron a migrar antes de la fecha del censo) y no a las migraciones ocurridas a lo largo del tiempo (Pellegrino, 2001), lo que impide rescatar la condición de proceso que tiene la migración.⁴ Con todo, estas limitaciones no invalidan las potencialidades de la información censal para lograr un conocimiento aproximado de la migración internacional; por lo demás, algunas restricciones podrán superarse a medida que progresen las metodologías y prácticas censales, y otras —como las relativas a aspectos particulares de la migración o a sus especificidades locales— podrán enfrentarse mediante estrategias de investigación complementarias a los censos (Maguid, 2000).⁵

2. Una región que pierde atracción. En el período comprendido entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX la inmigración de ultramar fue bastante intensa, aunque fluctuante, y ejerció una decisiva incidencia —cuantitativa y cualitativa— en la configuración de varias sociedades nacionales de la región, especialmente en los países de la vertiente atlántica, que poseían condiciones favorables para la inserción social y económica de personas migrantes, en su mayoría provenientes del sur de Europa y en menor medida del Cercano Oriente y Asia. En particular, la inmigración europea se manifestó con singular fuerza en las zonas más integradas a los circuitos económicos internacionales que —amén de disponer de “espacios vacíos”— experimentaron un rápido proceso de modernización productiva (Pellegrino, 2000); esta expansión económica conllevó la generación de empleos con salarios superiores a los imperantes en los países de Europa meridional, hecho que contribuyó tanto a incentivar la atracción migratoria como a facilitar una rápida movilidad social ascendente.

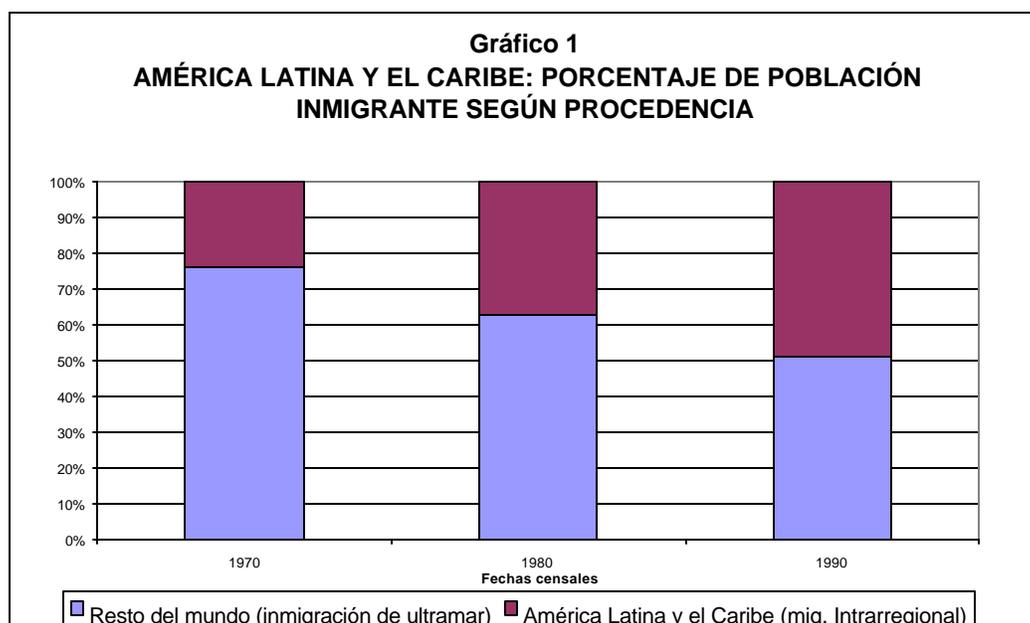
Durante los decenios posteriores a la segunda guerra mundial, Europa fue escenario de una vigorosa transformación económica, que comenzó en las naciones del norte y occidente para extenderse después —al amparo de los mecanismos y canales de integración— a los países del sur del continente; ello contribuyó a afianzar la retención de población en su origen. De modo concomitante se fue

⁴ La imposibilidad de identificar mediante datos censales a las personas que participan en movimientos circulatorios y cíclicos —algunos de corta duración— es un escollo importante en una época de fuerte apertura económica internacional e integración de mercados, en la que cobran fuerza los estilos de flexibilidad laboral (como las diversas formas de segmentación temporal en la utilización de la mano de obra).

⁵ También existe la posibilidad de confrontar las estimaciones directas que se obtienen de los datos reunidos por el Proyecto IMILA con las que se deducen de procedimientos indirectos, como los diseñados para cuantificar la emigración mediante preguntas sobre el lugar de residencia de parientes. Además, las últimas versiones del sistema WINR+, software desarrollado por el CELADE, permiten que cada investigador opere directamente con las bases de datos censales y procese la información —incluso a pequeñas escalas geográficas— de modo que se adecue a los objetivos de su investigación.

ensanchando la distancia entre el grado de desarrollo socioeconómico de las naciones europeas y el de los países de América Latina y el Caribe. Ambos factores redundaron en una disminución sustancial de las corrientes migratorias a esta región y sirvieron de estímulo a la migración de retorno al viejo continente. La no renovación de los flujos conllevó un sostenido envejecimiento del *stock* inmigratorio europeo; en estas condiciones, la mortalidad (aunada a la migración de retorno) incidió en una merma progresiva. Así, el total de inmigrantes de ultramar censados en los países de la región disminuyó de casi cuatro millones de personas en 1970 a menos de dos y medio millones en 1990..

Si bien la inmigración originada fuera de la región no cesó totalmente —pues todavía se registran flujos menores, procedentes principalmente de Asia— es manifiesta la declinación de su intensidad en los últimos decenios: la proporción de personas de origen extrarregional dentro del *stock* de inmigrantes censados en los países latinoamericanos bajó de algo más de las tres cuartas partes del total en 1970 a poco más de la mitad en 1990 (**gráfico 1**). Esta evolución descendente permite sugerir que el tradicional carácter atractivo de América Latina para la población de otras regiones mostró claros signos de agotamiento en el último tercio del siglo XX. Con todo, cabe reiterar que el grueso de esta atracción se circunscribió a algunos países de la región, y así lo muestra el hecho de que Argentina, Brasil y Venezuela concentraban el 80% del *stock* de inmigrantes extrarregionales censados alrededor de 1990; ello no impide reconocer la presencia de un número importante de estos inmigrantes en otros países, especialmente Uruguay, Cuba, Chile y México.⁶



Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.

3. El nutrido intercambio de población entre los países de la región. Los desplazamientos humanos a través de las fronteras nacionales están enraizados en la histórica heterogeneidad social y económica de los territorios de América Latina y el Caribe. Facilitados por la vecindad geográfica y la proximidad cultural, estos desplazamientos encuentran su destino principalmente en aquellos países que cuentan con estructuras productivas más diversificadas —favorables para la generación

⁶ En el Caribe no hispano parlante se registran inmigrantes de las antiguas potencias coloniales (Reino Unido, Francia y Países Bajos) y de India.

de empleos— y que se distinguen por mayores grados de equidad social. Además de responder a factores estructurales, la evolución de este patrón migratorio ha sido sensible a las coyunturas de expansión o retracción económica y a las contingencias de tipo sociopolítico (Pellegrino, 2001 y 1995); en particular, las rupturas y el restablecimiento de las formas democráticas de gobierno han repercutido en oleadas de exiliados y “retornantes” entre naciones vecinas. La merma de los flujos provenientes desde fuera de la región, el incremento de la denominada migración fronteriza y los esfuerzos de integración económica contribuyeron al creciente interés por el estudio de los movimientos migratorios intrarregionales, algunos de ellos asociados con mecanismos de articulación de los mercados de trabajo entre países vecinos y que configuran virtuales extensiones de la migración intranacional.

Durante el decenio de 1970 hubo un gran aumento de la migración intralatinoamericana; junto a la persistencia de los factores estructurales, las alteraciones sociopolíticas llevaron a que el número de migrantes se duplicara (**gráfico 1**), para llegar en 1980 a casi dos millones de personas. En cambio, en los años ochenta, y tanto a raíz del impacto de la crisis económica y los subsecuentes programas de reforma estructural —que se hicieron sentir con especial fuerza en las principales naciones de destino— como del restablecimiento de las normas de convivencia civil en varios países, el crecimiento del *stock* de estos migrantes fue más modesto, ya que el total acumulado sólo aumentó a 2.2 millones de personas. Si bien ello sugiere una relativa estabilización del número absoluto de migrantes intralatinoamericanos, los traslados siguieron produciéndose, esta vez con una mayor presencia de la migración de retorno; además, es probable que parte de la migración tradicional fuera reemplazada por formas reversibles de movilidad —desplazamientos de duración variable que no involucran el traslado de la residencia—, tal vez como fruto de la ampliación de los espacios de vida de una fracción creciente de la población, fenómeno consonante con los nuevos modelos de estructuración territorial de las economías de la región.

No obstante los cambios del contexto socioeconómico y político, los orígenes y destinos de las corrientes migratorias dentro de América Latina no se alteraron mayormente entre 1970 y 1990; ello involucra una aparente consolidación del mapa migratorio regional. Así, casi dos tercios de los latinoamericanos que en 1990 residían en países de la región distintos al de nacimiento se concentraban en Argentina y Venezuela. Argentina ha sido el destino tradicional de numerosos contingentes de paraguayos, chilenos, bolivianos y uruguayos; atraídos por las posibilidades de trabajo en la agricultura, la manufactura, la construcción y los servicios, estos inmigrantes se hicieron más notorios a medida que fue disminuyendo la inmigración europea. En Venezuela, bajo el alero de una economía incentivada por la bonanza petrolera, la principal afluencia de migrantes en el decenio de 1970 fue la de colombianos, seguida por la de personas del cono sur del continente forzadas a dejar sus países de origen. A lo largo de la llamada “década perdida” de 1980, Argentina y Venezuela experimentaron una ostensible declinación de la intensidad de la inmigración: los datos censales de la ronda de 1990 revelan una disminución del *stock* total de inmigrantes en ambos países; sin embargo, un ejercicio de estimación indirecta permite apreciar que en esos años los dos siguieron recibiendo una no despreciable inmigración neta desde los países aledaños.⁷ En igual lapso, algunas naciones tradicionalmente emisoras de población registraron una importante migración de retorno: la expansión económica de Paraguay en el decenio de 1970, a raíz de la ejecución de grandes obras hidroeléctricas y de un intenso proceso colonizador, alentó el regreso de emigrantes nacionales desde Argentina y la

⁷ Mediante el uso de relaciones de supervivencia intercensales por sexo y edad, para el período 1980-1990, se obtuvo un saldo inmigratorio neto de 147 mil y 60 mil en Argentina y Venezuela, respectivamente.

inmigración desde los países vecinos, especialmente Brasil; en años recientes, junto a la migración de retorno, Chile recibió una apreciable inmigración de personas originarias de otros países de América Latina, en particular de Perú (CEDLA y otros, 2000; Martínez, 1997).

En Centroamérica, las graves alteraciones sociopolíticas acaecidas en los decenios de 1970 y 1980 —aunadas a las históricas insuficiencias estructurales en materia de desarrollo— dieron lugar a fuertes desplazamientos fuera de las fronteras nacionales. A raíz de ello, el *stock* de inmigrantes nicaragüenses y salvadoreños aumentó considerablemente en Costa Rica entre 1973 y 1984 y los primeros antecedentes arrojados por el censo de 2000 en ese país revelan que la tendencia persiste: más del 75% de los 300 mil inmigrantes registrados —que equivalen al 8% de la población total de Costa Rica— son nicaragüenses, que quintuplicaron su número en dieciséis años (INEC, 2001). México fue también un importante receptor de centroamericanos, procedentes especialmente de Guatemala y El Salvador; algo similar —con cifras menores pero con efectos de gran trascendencia económica, social y cultural— puede decirse respecto de Belice. Con todo, los acuerdos de paz suscritos por los principales actores sociales de los países centroamericanos parecen haber contribuido a la reinscripción de grupos de personas exiliadas y refugiadas en México: los datos del censo mexicano de 2000 indican una sustancial disminución del número de guatemaltecos presentes. Los movimientos en tránsito por México, Belice y Guatemala, y cuyo destino ulterior es los Estados Unidos, son otra faceta de la migración centroamericana. Más allá de la migración convencional, la movilidad temporal de mano de obra, frecuentemente ligada a la estacionalidad agrícola, tiene gran importancia y larga tradición en estos países, como lo pone de manifiesto el flujo de trabajadores guatemaltecos que se desplazan periódicamente a la región de Soconusco, en el estado mexicano de Chiapas (Castillo, 1990).

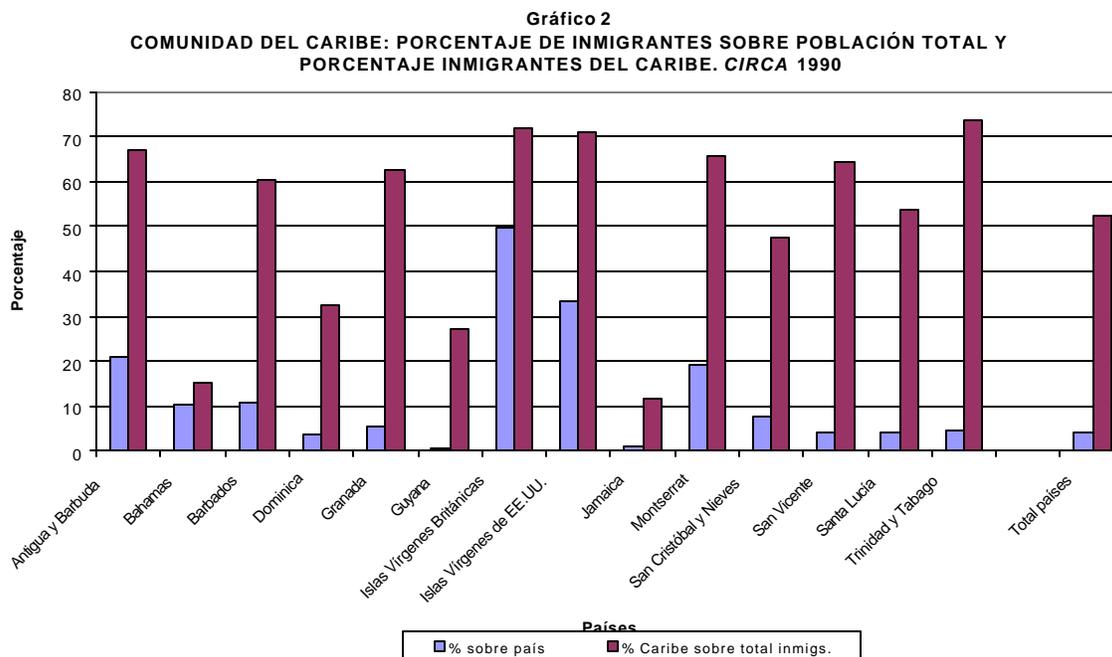
En el conjunto de la emigración intrarregional latinoamericana alrededor de 1990, los colombianos registraron la mayor magnitud absoluta: algo más de 600 mil fueron empadronados en los censos de otros países latinoamericanos (90% en Venezuela). Los emigrantes chilenos y paraguayos, con totales cercanos a las 280 mil personas (tres cuartas partes censadas en Argentina), compartían el segundo lugar entre los emigrantes intralatinoamericanos. No obstante su magnitud absoluta, estas cifras representaban —salvo en Paraguay— menos del 3% de las poblaciones de los respectivos países de origen; mención aparte merece la emigración uruguaya —principalmente a Argentina—, que a comienzos del decenio de 1970 alcanzó una intensidad similar a la de la mortalidad en el país de origen (Fortuna y Niedworok, 1985). En Centroamérica, la emigración intrarregional tiene gran significación en los casos de Nicaragua, El Salvador y Guatemala.

La migración entre los países de la Comunidad del Caribe anglófono muestra un sello peculiar, ya que la intensa circulación de personas —favorecida por la cercanía geográfica— se compone de una proporción relativamente reducida de traslados de residencia y de otra mayor de movimientos de tipo recurrente (Simmons y Guengant, 1992), algunos de corta duración (que conllevan el retorno a los países de origen) y otros se realizan por etapas, con estaciones de parada antes de emprender el traslado a un destino fuera de la subregión.⁸ Estudios recientes sugieren que la migración dentro de la Comunidad está alcanzando un nuevo umbral de dinamismo, vinculado con la elevación de los niveles de vida y el aumento de la demanda de fuerza de trabajo —propiciada, en parte, por la gran

⁸ Un ejemplo de esta situación es la de las Bahamas que, además de recibir un importante contingente de inmigrantes con fines de residencia, es el destino transitorio de un gran número de personas provenientes del resto del ámbito caribeño, en particular haitianos.

expansión de las actividades turísticas— en algunos países y con las menores oportunidades de empleo en otros; se estima que más de la mitad de la inmigración registrada en 1991 procedía de la misma subregión y su monto equivalía a casi el 4% del total de la población comunitaria (Mills, 1997). En el Caribe no anglófono una de las corrientes más sostenidas en el tiempo es la de haitianos que se dirigen a República Dominicana.

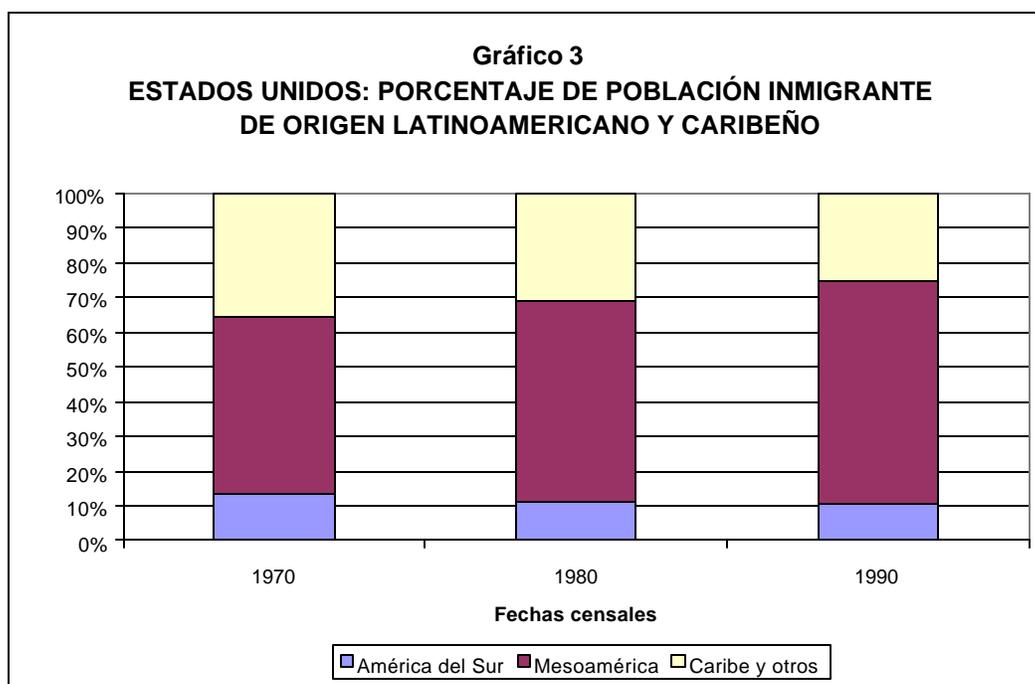
La situación descrita mostraba grandes variaciones entre los países caribeños en 1991. En Trinidad y Tabago, Islas Vírgenes de los Estados Unidos y Barbados —tres de las cinco naciones con mayores *stocks* inmigratorios— predominaban los inmigrantes de la subregión, con una incidencia particularmente elevada en las Islas Vírgenes de los Estados Unidos —donde representaban un tercio de la población total—; en cambio, en Jamaica y Bahamas —los dos países restantes del grupo con mayores *stocks*— los inmigrantes originarios del exterior de la subregión eran una clara mayoría (**gráfico 2**). A su vez, la mayor parte de los emigrantes de Granada, San Vicente y las Granadinas y Guyana se dirigía al resto de la subregión —preferentemente a Trinidad y Tabago—; ellos equivalían, en los dos primeros países, a casi un quinto de las respectivas poblaciones nativas. Estos antecedentes ponen de relieve la enorme repercusión de la migración intrarregional sobre la dinámica demográfica de los países del Caribe (Thomas-Hope, 2000).



Fuente: Mills (1997).

4. Latinoamericanos y caribeños fuera de su región. En los últimos decenios, a la par que mermaba la inmigración de ultramar y parecía estabilizarse el patrón intrarregional, la emigración hacia el exterior de la región adquirió un papel protagónico. Si bien el destino de esta emigración es diverso —ya que se advierte una creciente presencia de nativos de la región en países de Europa (principalmente en el Reino Unido, Países Bajos España e Italia) y Asia (básicamente Japón) y en Australia—, la gran mayoría se dirige a los Estados Unidos y, en menor medida, a Canadá.

Si bien la emigración de nativos de la región, especialmente mexicanos y caribeños, a los Estados Unidos es un fenómeno de larga data —con fluctuaciones asociadas tanto a las coyunturas económicas y sociopolíticas como a los cambios en la legislación migratoria estadounidense—, en años recientes se aprecia un fuerte incremento. En el período intercensal 1980-1990, el número de latinoamericanos y caribeños censados en los Estados Unidos se duplicó, alcanzando un total de casi 8.4 millones de personas, que representaban un 43% del total de la población extranjera presente en aquel país en 1990.⁹ Este aumento fue acompañado de una creciente diversificación de los países de origen, puesta de manifiesto por las corrientes procedentes de América Central y Sudamérica (**gráfico 3 y cuadro 1**). Así, algo más de la mitad de ese total procedía de México y una cuarta parte del Caribe (principalmente, de Cuba, Jamaica y República Dominicana); el cuarto restante se distribuía en proporciones parecidas entre centroamericanos y sudamericanos. No obstante el predominio de los mexicanos—los 4 millones censados en 1990 duplicaron el número registrado en 1980—, el *stock* de inmigrantes que exhibió la mayor tasa de crecimiento en los años ochenta fue el de los salvadoreños (470 mil personas en 1990), que quintuplicaron el número registrado diez años antes). En el mismo decenio, los nicaragüenses y guatemaltecos más que se triplicaron, los hondureños, peruanos y guyaneses se multiplicaron por un factor de 2.8 y los haitianos, bolivianos y paraguayos se duplicaron. Si bien el aumento de cubanos fue pequeño, con casi 740 mil personas constituían el segundo grupo entre los oriundos de América Latina y el Caribe y presentaban la más alta proporción de nacionalizados en los Estados Unidos.



Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.

⁹ El fuerte ritmo de aumento del *stock* de latinoamericanos y caribeños en los Estados Unidos en el decenio de 1980 se vio influido por la amnistía concedida por la Ley de Control y Reforma Migratoria adoptada por ese país en 1986.

Cuadro 1
ESTADOS UNIDOS: POBLACIÓN NACIDA EN PAÍSES DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
CENSADA EN 1970, 1980 Y 1990

Región y país de nacimiento	1970		1980		1990		Tasa anual de crecimiento intercensal (%)	
	Población	Distribución relativa %	Población	Distribución relativa %	Población	Distribución relativa %	1970-1980	1980-1990
TOTAL REGIÓN	1725408	100.0	4383000	100.0	8370802	100.0	8.7	6.3
AMÉRICA LATINA	1636159	94.8	3893746	88.8	7573843	90.5	8.2	6.4
AMÉRICA DEL SUR	234233	13.6	493950	11.3	871678	10.4	7.1	5.5
Argentina	44803	2.6	68887	1.6	77986	0.9	4.2	1.2
Bolivia	6872	0.4	14468	0.3	29043	0.3	7.1	6.7
Brasil	27069	1.6	40919	0.9	82489	1.0	4.1	6.7
Colombia	63538	3.7	143508	3.3	286124	3.4	7.7	6.6
Chile	15393	0.9	35127	0.8	50322	0.6	7.8	3.6
Ecuador	36663	2.1	86128	2.0	143314	1.7	8.1	5.0
Paraguay	1792	0.1	2858	0.1	4776	0.1	4.6	5.0
Perú	21663	1.3	55496	1.3	144199	1.7	8.8	8.9
Uruguay	5092	0.3	13278	0.3	18211	0.2	8.9	3.1
Venezuela	11348	0.7	33281	0.8	35214	0.4	9.8	0.6
MESOAMÉRICA	873624	50.6	2530440	57.7	5391943	64.4	9.7	7.2
Costa Rica	16691	1.0	29639	0.7	39438	0.5	5.6	2.8
El Salvador	15717	0.9	94447	2.2	465433	5.6	14.3	13.3
Guatemala	17356	1.0	63073	1.4	225739	2.7	11.4	11.3
Honduras	27978	1.6	39154	0.9	108923	1.3	3.3	9.4
México	759711	44.0	2199221	50.2	4298014	51.3	9.7	6.5
Nicaragua	16125	0.9	44166	1.0	168659	2.0	9.3	11.7
Panamá	20046	1.2	60740	1.4	85737	1.0	10.1	3.4
CARIBE Y OTROS	617551	35.8	1358610	31.0	2107181	25.2	7.5	4.3
Cuba	439048	25.4	607814	13.9	736971	8.8	3.2	1.9
Barbados	-	-	26847	0.6	43015	0.5		4.6
Guyana	-	-	48608	1.1	120698	1.4		8.5
Haití	28026	1.6	92395	2.1	225393	2.7	10.7	8.4
Jamaica	68576	4.0	196811	4.5	334140	4.0	9.7	5.2
Rep. Dominicana	61228	3.5	169147	3.9	347858	4.2	9.4	6.9
Trinidad y Tabago	20673	1.2	65907	1.5	115710	1.4	10.4	5.5
Otros	-	-	151081	3.4	183396	2.2		1.9

Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.

La información proporcionada por la Encuesta Continua de Población (*Current Population Survey*) de los Estados Unidos —fuente a la que se acude en subsidio de los datos aún no disponibles del censo de 2000— indica que el total de inmigrantes latinoamericanos y caribeños ascendió a 13.1 millones de personas en 1997 y a 14.5 millones en 2000. Estas cifras equivalen a poco más de la mitad del *stock* total de inmigrantes en ese país e implican que los originados en la región se incrementaron en un 57% entre 1990 y 1997 (Schmidley y Gibson, 1999) y en un 73% entre 1990 y 2000 (Lollock, 2001). Según esta fuente, los mexicanos —con 7 millones de efectivos— representaban el 53% de los inmigrantes latinoamericanos y caribeños presentes en los Estados Unidos en 1997; les seguían en importancia relativa los cubanos, dominicanos y salvadoreños (Schmidley y Gibson, 1999). Como contrapartida de este aumento de la emigración de latinoamericanos y caribeños a los Estados Unidos, algunos países de la región muestran indicios de una creciente migración de retorno; por ejemplo, el *stock* de nacidos en el exterior contabilizado por el censo de 2000 en México se elevó a 520 mil personas —un 50% más que en 1990—, en su mayoría menores de 20 años y nacidas en los Estados Unidos (es probable que muchas de estas personas sean descendientes de emigrantes mexicanos que han regresado a su país de origen).

Aunque incompleta, la información sobre la emigración de latinoamericanos y caribeños a destinos extrarregionales distintos de los Estados Unidos consigna *stocks* menores (el total estimado hacia el año 2000 es de poco más de 2 millones de personas; cuadro A.2). Entre esos destinos se destaca Canadá, cuyo *stock* de inmigrantes oriundos en la región aumentó de poco más de 320 mil personas en 1986 a casi 525 mil en 1996; si bien los caribeños (principalmente jamaquinos, guyaneses, trinitarios y haitianos) componían la mitad de tal *stock*, el grupo de origen centroamericano (en su mayoría salvadoreños) experimentó un mayor crecimiento en ese decenio, pues su número pasó de menos de 19 mil en 1986 a casi 70 mil en 1996. Varios países europeos albergan población oriunda de América Latina y el Caribe, pero las mayores concentraciones se registran en el Reino Unido, Países Bajos, España e Italia. La presencia de personas nacidas en la Comunidad del Caribe alcanza notable importancia en el Reino Unido, aunque su número disminuyó de 625 mil personas en 1980 a menos de 500 mil en 1991 (datos de OPCS Labour Force Surveys and Census, citados por Thomas-Hope, 2000).¹⁰ En los Países Bajos se registran más de 150 mil inmigrantes de la región en 2000; más de las dos terceras de este *stock* corresponde a las Antillas Neerlandesas (www.statline.cbs.nl). España, en cambio, reúne fundamentalmente población nativa de los países latinoamericanos, cuya magnitud se incrementó de 50 mil personas en 1981 (Palazón, 1996) a más de 150 mil en 2000 (estimación basada en datos de la reciente regularización migratoria efectuada en España, www.mir.es).¹¹ Asimismo, la gran mayoría de las 116 mil personas nacidas en la región y presentes en Italia en 2000 provenía de los países de América Latina (www.istat.it).¹² Australia e Israel registran un *stock* parecido (más de 70 mil personas en cada país), predominando en el primero los chilenos (www.immi.gov.au), mientras que en el segundo lo hacen los argentinos (www.cbs.gov.il). Por último, según información proporcionada por la Oficina de Inmigración del Ministerio de Justicia de Japón (<http://jim.jcic.or.jp/stat/stats/21MIG22.html>), más de 300 mil no nativos

¹⁰ La corriente de caribeños al Reino Unido fue muy intensa hasta 1962, año en que este país decidió terminar su política de libre admisión de los ciudadanos de la Comunidad del Caribe.

¹¹ Los ecuatorianos (29 mil), peruanos (28 mil), dominicanos (27 mil), colombianos (25 mil), argentinos (19 mil) y cubanos (17 mil) conformaban el grueso de este último conjunto (www.elpais.es).

¹² Los peruanos (33 mil), brasileños (19 mil) y ecuatorianos (10 mil) constituían los grupos más numerosos.

residentes en 2000 en ese país eran latinoamericanos; los brasileños constituían más del 80% de ese total y los peruanos un 14%.¹³

La evolución del patrón migratorio extrarregional parece sugerir que la región se ha convertido en expulsora neta de población; sin embargo, esta apreciación puede ser algo exagerada en relación con su base demográfica. Aun cuando la mayoría de los países registra un saldo migratorio negativo, y en varios —en especial, El Salvador, Guatemala y Nicaragua— se elevó considerablemente a contar de los años setenta, las estimaciones para la región en su conjunto indican magnitudes relativas menores. Así, en el decenio de 1980, la tasa media anual de migración neta (negativa) de América Latina fue de sólo casi dos por mil; las proyecciones nacionales de población asumen que esa tasa se redujo gradualmente, llegando a un valor (negativo) cercano a uno por mil en el segundo quinquenio de los años noventa (CELADE, 1998).¹⁴ Lo que resulta importante destacar es que este patrón extrarregional constituye un caso de *migración sur-norte*, que entraña múltiples repercusiones para los países de América Latina y el Caribe —como la eventual pérdida de recursos humanos calificados y la exposición de los emigrantes al riesgo de no lograr una inserción efectiva en los lugares de destino— y se asocia tanto con la formación de comunidades y redes transnacionales de migrantes —nodos germinales de una mayor migración— como con la generación de un potencial económico asociado a las remesas que los emigrantes envían a sus lugares de origen. También cabe indicar que parte de la emigración hacia fuera de la región se asocia con el reconocimiento de la ciudadanía de nativos de la región que descienden de antiguos inmigrantes extrarregionales; ello origina una modalidad de retorno diferido entre generaciones.

II. Explorando los perfiles y repercusiones de la migración de latinoamericanos y caribeños

Los antecedentes reunidos por el Proyecto IMILA muestran que, además de su magnitud creciente, la migración internacional de latinoamericanos y caribeños —tanto entre los países de la región como hacia el exterior de la misma— experimentó cambios cualitativos, que se reflejan en su composición según sexo y en la participación de personal calificado entre los migrantes insertos en la fuerza de trabajo. En buena medida, tales cambios encuentran su explicación en las persistentes tensiones económicas experimentadas por los países de la región; estas tensiones, profundizadas por la prolongada crisis de la “década perdida” de 1980 y los efectos inmediatos de los programas de ajuste estructural, repercutieron sobre el funcionamiento de los mercados de trabajo.¹⁵

Las modificaciones en las disposiciones normativas de los países de destino también pueden haber incidido en los cambios de la composición de los migrantes, y su aplicación rigurosa parece haber otorgado mayor visibilidad a los fenómenos de “indocumentación” y contribuido a que algunos movimientos de tipo itinerante y recurrente se convirtiesen en traslados de carácter definitivo (ocasionando un incremento de la práctica de reunificación familiar en los países de destino). Además de sus rasgos cualitativos, los patrones de migración de latinoamericanos y caribeños entrañan

¹³ Es probable que gran parte de estas personas nacidas en Brasil y Perú sean descendientes de inmigrantes japoneses (*nisei*) llegados a aquellos países en decenios pasados; la misma fuente de información consigna la presencia de grupos mucho menos numerosos de personas nacidas en Bolivia, Argentina, Colombia y Paraguay.

¹⁴ Las tasas mencionadas son inferiores a un décimo de la de crecimiento natural de la población regional y equivalen a una pérdida neta anual media de 560 mil efectivos en el período 1980-1995 (CELADE, 1998).

¹⁵ No menos importante fue el impacto de las serias convulsiones del escenario sociopolítico que, en algunos casos, resultaron en la militarización de los conflictos y en la ruptura de las normas de convivencia civil.

repercusiones de gran importancia y una de ellas es la transferencia de un caudal importante de recursos financieros, fenómeno que cobra vigencia en las remesas.¹⁶

1. Especificidades de género. El examen de los índices de masculinidad de los migrantes regionales en todo el continente americano permite advertir el paso de una situación de predominio femenino en 1970 y 1980 a otra de mayoría masculina en 1990; en cambio, la migración intrarregional acusa una sostenida “feminización” (**gráfico 4**). Esta aparente paradoja es imputable al aumento del índice de masculinidad del *stock* de inmigrantes latinoamericanos en los Estados Unidos, que refleja básicamente el efecto de las corrientes más numerosas (especialmente la originada en México), puesto que la mayoría de los flujos restantes presenta un predominio femenino.¹⁷ Un análisis detallado muestra una gran heterogeneidad en la composición según género de las diversas corrientes migratorias; sin embargo, dicha heterogeneidad no guarda una relación sistemática con el origen o el destino de los migrantes (o con la distancia recorrida por ellos).

Entre los factores que pueden explicar la diferente composición de las corrientes según el sexo se destaca la complementariedad entre los mercados de trabajo de los países emisores y receptores, puesto que algunos circuitos migratorios parecen verse afectados por la demanda laboral en determinados sectores de actividad y ocupación. Así, en las corrientes de mexicanos a los Estados Unidos y de bolivianos y chilenos a Argentina se aprecia un predominio masculino, presumiblemente originado en la fuerte demanda por trabajadores en las tareas agroextractivas de los países de destino. Distinto es el caso de los *stocks* de colombianos en Venezuela y de paraguayos en Argentina, que presentan una mayoría femenina, atribuible a su inserción en actividades de servicios, incluidos los de tipo doméstico. En el caso de la migración dentro de la Comunidad del Caribe, los datos censales del conjunto de países presentan un ligero predominio femenino, tal vez asociado con las ocupaciones de la industria turística (Thomas-Hope, 2000). No obstante, es inapropiado imputar la preeminencia de mujeres en algunos flujos exclusivamente a su modalidad de incorporación en la fuerza de trabajo de las sociedades de destino; otros factores, como el papel de las redes y comunidades de migrantes o las expectativas de reagrupación familiar, afectan también los índices de masculinidad de la migración.

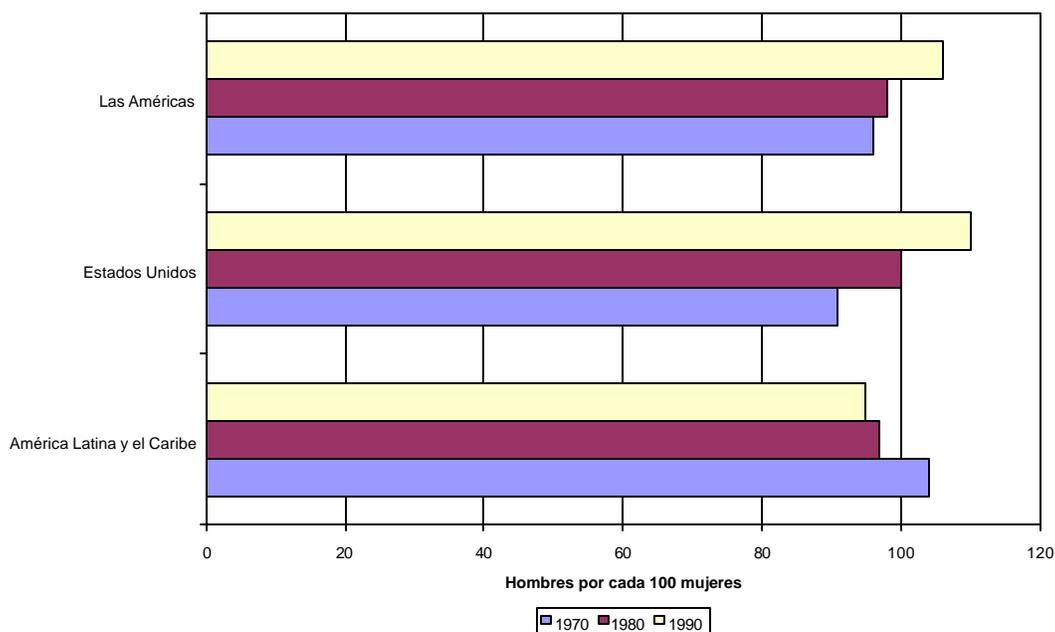
Son muchas las razones que avalan la importancia de investigar rigurosamente la diferente participación de hombres y mujeres en la migración (United Nations, 2000 y 1996). En primer término, es necesario explorar la hipótesis de que la migración de las mujeres no siempre se origina en función directa de tentativas o racionalidades laborales, sino que tiene particularidades que no se relacionan sólo con las fuerzas del mercado; ello no implica sostener que las mujeres se desplazan sólo en virtud de su condición económicamente dependiente (por ejemplo, al amparo de mecanismos de reunificación familiar), ya que muchas lo hacen con autonomía y en consonancia con el ritmo de la apertura externa de las economías, los vaivenes de los esquemas de integración regional y las transformaciones de los mercados de trabajo. En segundo lugar, existen indicios de que la “feminización” de las corrientes migratorias suele asociarse a una escasa diversidad de oportunidades laborales (ilustrada por la preeminencia del servicio doméstico y de otros rubros del sector terciario, que la construcción cultural del género reserva a las mujeres); este fenómeno incide tanto en el

¹⁶ Tales repercusiones varían, entre otros factores, según las características de los emigrantes (grado de calificación, tipo de inserción laboral, condición jurídica de la residencia), los vínculos con sus hogares y comunidades de origen, la participación en asociaciones de migrantes en los países de acogida y el tiempo de permanencia en el exterior.

¹⁷ Esta situación aparece confirmada por los datos de la Encuesta Continua de Población de 1997 de los Estados Unidos (Schmidley y Gibson, 1999).

aprovechamiento de los recursos humanos como en las expectativas de pleno desarrollo personal que deparan las sociedades de destino. En tercer término, la migración internacional involucra cambios en las estructuras familiares, como sucede cuando las personas que migran son jefes de hogar y dejan tras de sí a sus parientes más directos; en particular, las relaciones que se establecen entre las mujeres migrantes y sus familias en los lugares de origen afectan decisivamente el funcionamiento de las redes migratorias, que operan como mecanismos retroalimentadores de la migración. En cuarto lugar, las evidencias del creciente tráfico internacional de mujeres y niñas ponen de manifiesto una situación compleja —indisolublemente ligada a la vulnerabilidad de las migrantes—, que debilita el supuesto de que la migración constituye un factor de potenciación de la mujer o un mecanismo coadyuvante de la equidad de género (Lim, 1998). No menos importante que el estudio de la migración de las mujeres es el de la condición de las que no migran, especialmente cuando la emigración de sus cónyuges las lleva a asumir el liderazgo de sus hogares y la administración de las remesas que muchas veces perciben.

Gráfico 4
RELACIONES DE MASCULINIDAD EN LOS STOCKS DE MIGRANTES. 1970, 1980 Y 1990



Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.

2. Participación de personal calificado. De acuerdo con los datos reunidos por IMILA, el número total de técnicos, profesionales y afines que integran el *stock* de migrantes regionales en el continente se duplicó entre 1970 y 1980, involucrando 220 mil personas; en el decenio siguiente la magnitud absoluta del aumento fue algo menor, pues su total llegó a poco más de 300 mil efectivos en 1990. Como resultado, la proporción de personal calificado entre los migrantes económicamente activos a escala continental disminuyó de 8% en 1970 a 6% en 1990; esta declinación fue aun más marcada entre los latinoamericanos censados en los Estados Unidos. Distinta fue la situación en el patrón migratorio intrarregional, puesto que la participación de profesionales, técnicos y afines aumentó de 6% a 8% de los migrantes económicamente activos entre 1970 y 1990 (en valores absolutos, el

número de estas personas se triplicó en esos veinte años) (**gráfico 5**). Es probable que el carácter masivo que adquirió la emigración a los Estados Unidos durante el decenio de 1980 haya repercutido en la declinación relativa del personal calificado. A su vez, el hecho de que el personal calificado sea una fracción creciente de las personas que migran entre los países de la región latinoamericana es importante: amén de contribuir a valorizar este patrón migratorio y de poner en tela de juicio la percepción de que tales migrantes carecen de suficiente capacitación, esta tendencia pudiera servir de estímulo para diseñar esfuerzos de cooperación en el empleo compartido de estos recursos humanos.

Como ocurre con la dimensión de género, la composición de las corrientes migratorias específicas se distingue por una gran heterogeneidad. Así, entre los inmigrantes latinoamericanos en los Estados Unidos, los porcentajes de profesionales, técnicos y afines entre las personas procedentes de América del Sur duplican los que registran las corrientes provenientes de México y algunos países caribeños y centroamericanos. Un distingo similar se aprecia en Argentina y Venezuela cuando se contrasta la proporción de personal calificado en las corrientes procedentes de las naciones limítrofes (salvo Uruguay) con aquellas originadas en el resto de América Latina. En general, se observa que la participación relativa de profesionales, técnicos y afines tiende a ser menor en los países de elevada emigración, con excepción de Cuba; por el contrario, los emigrantes de las naciones latinoamericanas de alta inmigración (Argentina y Venezuela) se distinguen por un elevado grado de selectividad (en favor del personal calificado). Este último rasgo también se aprecia en el caso de la migración entre los países de la Comunidad del Caribe, donde destaca la corriente recibida por Jamaica, en la que algo más de la mitad de los inmigrantes son profesionales y técnicos (Mills, 1997). En promedio, el nivel de educación de los migrantes intracaribeños de habla no hispana supera el de las poblaciones de origen y destino; por ejemplo, en Antigua, Bahamas y las Islas Vírgenes Británicas la proporción de inmigrantes del resto de la Comunidad que cuentan con estudios universitarios supera en más de dos veces aquella de la población nacional, y en Barbados esa relación es de más de siete veces (Thomas-Hope, 2000).¹⁸

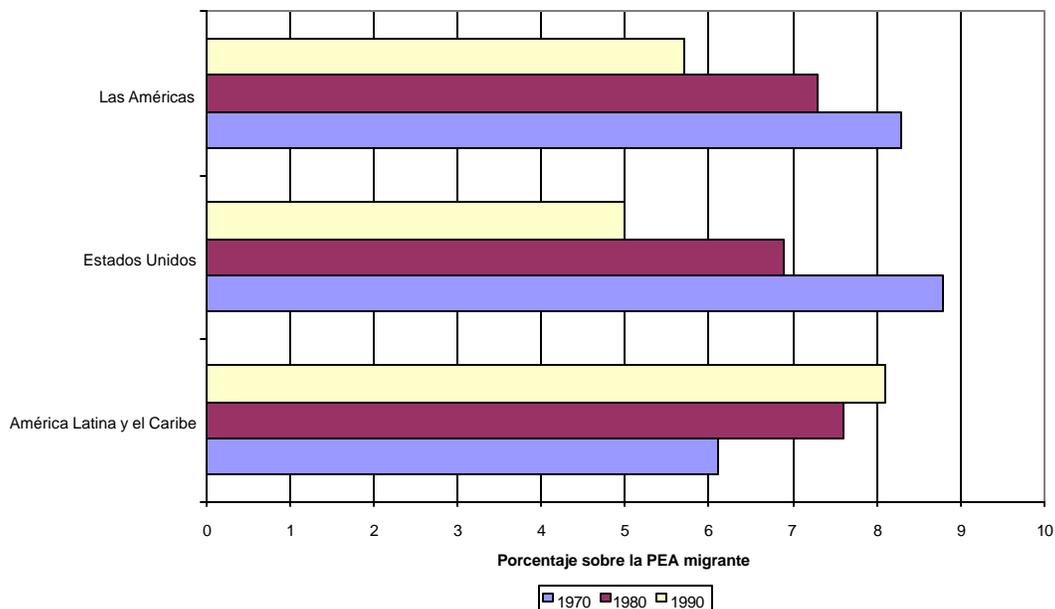
Si bien el nivel educativo de los emigrantes latinoamericanos a los Estados Unidos es inferior al de la población nativa de este país, Pellegrino (2000) advierte —con arreglo a un esquema de Sassen (1988)— que su perfil de calificación se polariza en dos extremos: (a) el conjunto de personas altamente calificadas insertas en ocupaciones gerenciales y de ciencia y tecnología y, (b) el grupo más numeroso que se concentra en subsectores económicos de baja productividad, aun si ello les significa cumplir funciones para las que pudieran estar sobrecalificados. Esta polarización permite advertir que si bien los menos calificados predominan en el *stock* de inmigrantes de la región en los Estados Unidos —condición que puede verse exagerada por el tipo de ocupación declarada—, el número de aquellos que poseen un grado relativamente alto de calificación es considerablemente elevado en relación con la disponibilidad de tales recursos humanos en los países de origen; así lo pone en evidencia el hecho de que los profesionales y técnicos constituyen más del 15% de los migrantes procedentes de Argentina, Venezuela y Chile. También el *stock* de inmigrantes caribeños en los Estados Unidos se distingue por una participación de profesionales superior a la que se registra en los países de origen; ello es interpretado como un rasgo de selectividad que puede ocasionar un impacto negativo en las pequeñas economías de estos países, puesto que la emigración los despoja de muchos de sus trabajadores más calificados. Tal efecto se ve acrecentado por el hecho de que estos emigrantes

¹⁸ La excepción a este comportamiento peculiar se advierte en las Islas Vírgenes de los Estados Unidos, que cuenta con una población nacional altamente calificada y propicia la inmigración de trabajadores que puedan desempeñar labores que entrañan menos exigencias de formación (Thomas-Hope, 2000).

son, en general, adultos jóvenes, gran parte de los cuales retorna a sus naciones de origen cuando tienen más de 50 años de edad (Thomas-Hope, 2000).

Como indica Alba (2000), en el último cuarto del siglo XX los flujos migratorios de México a los Estados Unidos, junto con reflejar una mayor difusión geográfica en cuanto a su origen, se hicieron menos cíclicos o circulares y más de carácter permanente, involucrando su masificación (el promedio anual de emigrantes “permanentes” se decuplicó entre los decenios de 1970 y 1990). Estos cambios fueron concomitantes con la profunda reestructuración experimentada por la economía mexicana en virtud de su integración más intensa a la de los Estados Unidos y entre sus efectos se destaca una gran transformación de la dinámica de la demanda laboral, que se expresó de manera diferenciada entre los sectores, categorías de ocupación y niveles de calificación. Tales circunstancias pudieran explicar la relación entre la masificación de la emigración a los Estados Unidos y la baja selectividad según su perfil de calificación. En lo que se refiere a Centroamérica, el mismo autor (Alba, 2000) apunta que en apenas un par de décadas se consolidó un sistema emigratorio de proporciones masivas a los Estados Unidos; las crisis económicas, las convulsiones sociopolíticas y los desastres naturales contribuyeron a este proceso, otorgando un carácter más “definitivo” y extendido a desplazamientos que antes fueron principalmente temporales y a corta distancia. Los mercados laborales domésticos, afectados tanto por el estancamiento de las economías nacionales como por su inserción internacional en calidad de productores primarios, fueron incapaces de absorber una oferta creciente de mano de obra, ensanchada por los efectos del proceso de transición demográfica (Castillo y Palma, 1999; CEPAL/CELADE/OIM, 1999). Así, las fuerzas que contribuyeron a la gran expansión emigratoria de México y Centroamérica (principalmente de El Salvador, Guatemala y Nicaragua) a los Estados Unidos se encuentran detrás de la disminución que se observa en la proporción de personal calificado en el *stock* inmigratorio regional registrado en este último país.

Gráfico 5
PARTICIPACIÓN RELATIVA DE LOS PROFESIONALES, TÉCNICOS Y AFINES EN LA FUERZA DE TRABAJO MIGRANTE. 1970, 1980 Y 1990



Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.

3. Las remesas de los emigrantes. Las repercusiones de la migración internacional son múltiples y se hacen sentir en los diversos planos de la realidad social, económica y cultural. Así, en varios países de América Latina y el Caribe la emigración parece haber contribuido a aliviar el impacto de las tensiones entre las tendencias demográficas y la generación de empleo, de las originadas en conflictos sociopolíticos, étnicos y religiosos, y de las asociadas con formas agudas de degradación ambiental; a escala individual, la emigración constituye una opción para buscar oportunidades laborales y de formación personal no disponibles en los países de origen. Sin embargo, la emigración conlleva también un factor de erosión de recursos humanos, que puede tener consecuencias adversas para el desarrollo económico y social de los países de origen. A ello se añaden los problemas de la indocumentación, resultante de la aplicación de las normas legales nacionales que rigen el ingreso y permanencia de las personas, y que pueden enrarecer las relaciones entre los países de origen y destino de los migrantes. En el plano individual, la emigración puede ser fuente de inestabilidad, frustración y trato discriminatorio. Por otra parte, en algunos países receptores surgen percepciones negativas frente a los costos de la utilización que hacen los inmigrantes de servicios sociales subsidiados (salud, educación, salud, seguridad social) o respecto de la competencia “desleal” por puestos de trabajo; con todo, tales países derivan beneficios de la inmigración, como la oferta continua de mano de obra barata o el aprovechamiento de personal altamente calificado, sin que ello implique asumir los costos de su capacitación.¹⁹

Otra repercusión de la migración es la conformación de redes y comunidades migratorias. Aunque la existencia de organizaciones de migrantes no es algo nuevo en los países receptores —pues se sabe que las asociaciones acompañaron la llegada de los flujos de inmigrantes de ultramar—, en los últimos años adquirieron notoria visibilidad entre los latinoamericanos y caribeños presentes en los Estados Unidos. Varios estudios destacan el carácter transnacional de las comunidades y las conciben como nuevas formas de identidad que viabilizan el relacionamiento continuo y sostenido de los migrantes con sus áreas de origen, facilitan la acumulación de capital social (Portes, 1997) y generan impulsos retroalimentadores de los flujos migratorios. La condición transnacional de las comunidades se reafirma por el hecho de que su operación traspasa las fronteras políticas y culturales (Canales y Zolniski, 2000), definiendo una geografía reticulada de interacciones. Estas comunidades configuran, en buena medida, el ámbito de la reproducción social de los migrantes, ya que en ellas se materializan expresiones asociativas de diverso tipo y se produce una intensa difusión cultural —que comprende danzas, formas plásticas, artesanías, gastronomía y festividades latinoamericanas y caribeñas. Su papel es bastante complejo, ya que potencian la generación de remesas colectivas y cumplen un papel central en la acción afirmativa de los propios migrantes frente a las prácticas de rechazo social que les afectan en las sociedades de destino.

Las observaciones precedentes sirven de marco de referencia para comprender el papel de las remesas. La emigración —además de abrir la posibilidad para establecer vínculos favorables a la incorporación de tecnología y la inversión productiva en los países de procedencia— aporta también una fuente de divisas para los países, comunidades y familias de origen. Una estimación reciente de la CEPAL, basada en las series de la balanza de pagos de los países, ubica el monto total de las remesas transferidas por los emigrantes a América Latina y el Caribe en unos US\$ 18 000 millones en 2000.

¹⁹ En los Estados Unidos, la inmigración de latinoamericanos y caribeños indocumentados parece haber propiciado la flexibilización laboral requerida para afianzar la competitividad de su economía (Escobar, 1998); el carácter sostenido de la demanda por mano de obra barata, incluso en épocas recesivas, es interpretado como una muestra de la funcionalidad de aquella inmigración (Bustamante, 1994).

La tasa media anual de crecimiento de dichos ingresos en El Salvador, Guatemala, Honduras, México y República Dominicana alcanzó a 12.4% entre 1994 y 1999, lo que es una muestra elocuente de su gran dinamismo.²⁰ Con relación al impacto macroeconómico de las remesas, baste decir que su monto total excedió en un 50% el valor de las exportaciones agropecuarias de aquellos países (Torres, 2000).

Samuel (2000) sostiene que las remesas pueden concebirse como parte de un arreglo contractual diferido en el tiempo, que confiere beneficios al migrante y al hogar en el país de origen. Tal arreglo involucra la inversión que la familia efectúa en uno de sus miembros —cuando afronta los costos de su educación— con la expectativa de que su migración permitirá obtener una compensación mediante las remesas, como un riesgo, que disminuirá en la medida en que ese miembro migre. Los estudios destacan que la mayor parte de las remesas se destina al consumo de las familias, aunque también al mejoramiento de la vivienda y la compra de tierras y capital de trabajo; por ende, las remesas juegan un papel importante en el sostenimiento de las familias. Sin embargo, dado el énfasis en el consumo, muchas veces se desestima el impacto económico y social que estas transferencias tienen más allá del ámbito familiar (Torres, 2000); si tal consumo fuese únicamente superfluo, el aporte al desarrollo sería escaso y más bien puede propiciar la dependencia de los hogares (y las comunidades locales) respecto de una fuente de ahorro externo, cuya estabilidad (regularidad en los montos y continuidad temporal de los flujos) no está garantizada. Si estos recursos se emplearan para costear una educación de mayor calidad, mejorar la salud o elevar el nivel de vida y de la productividad, la contribución de las remesas al desarrollo sería significativa.

La información sobre el uso de las remesas familiares no es sistemática y presenta ambivalencias; con todo, las encuestas de hogares realizadas en México (1999) y República Dominicana (1997) muestran que la proporción destinada a inversión varía entre 15% y 23% del total de los recursos enviados por los emigrantes a sus familias de origen. Si la última cifra se toma como referencia para los cinco países antes individualizados, se obtiene una estimación del monto global de la inversión de casi US\$ 1 400 millones en 1999, magnitud similar a la que los fondos de inversión social asignaron ese año en infraestructura social (Torres, 2000). Dada la gran cuantía de recursos movilizados por las remesas familiares, en algunos estados de México se crearon fondos de inversión local, que financian obras de infraestructura local y proyectos productivos dirigidos a retener población en zonas de fuerte emigración con aportes tanto de las agencias de intermediación financiera (con cargo a una parte de las utilidades que obtienen en el envío de las remesas) y de los mismos estados, como de los propios emigrantes. En República Dominicana se han establecido programas orientados al fomento de obras comunitarias y microempresas con la participación de las familias receptoras de remesas. Además de las remesas familiares, hay otras de naturaleza colectiva, habitualmente reunidas por las asociaciones de emigrantes con el objeto de financiar obras comunitarias en los lugares de origen; para potenciar el efecto de estas inversiones, en México se creó un mecanismo de financiación compartida entre aquellos emigrantes y los niveles central, estadual y municipal del sector público (CEPAL, 2000b).

Más allá de las iniciativas orientadas a facilitar el envío de remesas y fomentar su utilización en inversiones productivas, un tema complejo de estas transferencias es su incidencia sobre los patrones de distribución de ingreso. Como afirma Samuel (2000), si el supuesto teórico de que las remesas son mayores para los hogares pobres fuese efectivo, una consecuencia lógica de su flujo sería una mejora en la distribución del ingreso. No obstante, los antecedentes disponibles —si bien

²⁰ En 1999, el valor per cápita de las remesas se elevó a US\$ 218 en El Salvador y a US\$ 179 en República Dominicana (Torres, 2000).

insuficientes— no permiten validar tal supuesto; dado que la propensión migratoria parece más alta entre los grupos no pobres y que el monto de las remesas guarda relación estrecha con la posición en la ocupación en la sociedad de destino, es probable que estas transferencias no contribuyan a un mayor grado de equidad socioeconómica en los países de origen. En suma, el debate acerca de los efectos de las remesas —como, en general, de la migración— sobre la distribución del ingreso todavía está lejos de cerrarse.

III. Una nota acerca del futuro de la migración internacional y de su gobernabilidad

El panorama que se ha expuesto sintetiza los antecedentes empíricos más generales disponibles sobre la situación migratoria en América Latina y el Caribe hasta el decenio de 1990. Como la información se refiere a desplazamientos de personas que han cambiado de país de residencia habitual (migrantes propiamente tales), este panorama se hace difuso en lo que respecta a otras formas de movilidad internacional de la población que pudieran haber surgido o incrementado su importancia relativa en los últimos años; es probable que la creciente apertura de las economías nacionales, aunada a los cambios en la tecnología de los transportes y comunicaciones —con la consiguiente reducción de las barreras impuestas por la distancia física y cultural—, facilitara los movimientos de tipo temporal, cíclico o circulatorio, que no implican traslados de residencia, y que llevan a una transnacionalización de la migración contemporánea. Así, la situación actual de la movilidad internacional abarca situaciones muy diversas, que tal vez se superponen de modo muy complejo a los tres patrones identificados. La falta de información apropiada limita el horizonte de estudio de la migración internacional, pero no impide reflexionar (de manera más bien especulativa) acerca de las incertidumbres que rodean las tendencias futuras y de las posibilidades que se abren para que los países puedan avanzar por el camino que lleva a la gobernabilidad de la migración.

Aun cuando es difícil predecir los efectos futuros de las reformas económicas liberalizadoras —incluso en subregiones insertas en esquemas de integración—, es verosímil suponer que si se mantuvieran las grandes desigualdades en el grado de desarrollo relativo de los países, la propensión migratoria se incrementará, por lo menos a corto y mediano plazo (Tuirán, 1998). La mayor intensidad de las interacciones económicas y la creciente densidad de comunicaciones a escala global contribuirá a que esas desigualdades se hagan más visibles a los ojos de la población, estimulando sus aspiraciones a migrar; además, es posible que las redes sociales establecidas por los migrantes coadyuven a incentivar y materializar tales expectativas (Alba, 1998). A más largo plazo, si las brechas de desarrollo se atenúan, es probable que la propensión migración se haga menos intensa; el supuesto que subyace en esta apreciación es que la convergencia económica terminará por desestimular la migración. Con todo, algunos especialistas sostienen que los esquemas de integración de mercados pueden incentivar la migración, ya que las oportunidades laborales que conllevan contribuirán a que las personas dispongan de medios para financiar su traslado²¹; más aun, si la operación de esos esquemas de integración se tradujera en una desarticulación de las unidades de producción intensivas en uso de mano de obra, el efecto neto resultante será un impulso de las propensiones migratorias (Working Group on International Migration, 1998).

²¹ Varios autores sostienen incluso que el desarrollo de los países tradicionalmente emisores de fuerza de trabajo estimulará, a corto plazo, la emigración, y que aun si el intercambio comercial ayudara a generar empleos, esta estrategia no será suficiente —por sí sola— para atenuar la emigración (Rowlands y Weston, 1996).

Como aún no se advierten indicios sólidos de una disminución de las grandes desigualdades en el grado de desarrollo relativo de los países —y las redes y comunidades de migrantes muestran un gran vigor en su accionar—, todo hace prever que un eventual aumento de las oportunidades laborales (incluidas las mejoras de salarios) en un mundo más informado e intercomunicado servirá de acicate a las propensiones migratorias. Así, bajo el influjo de la inversión externa directa, el crecimiento económico de los países tradicionalmente emisores de fuerza de trabajo puede generar un ambiente propicio para la emigración (Alba, 1998; Rowlands y Weston, 1996; Tuirán, 1998; Working Group on International Migration, 1998). En este sentido, la cadena lógica que enlaza mayor desarrollo con más migración y que más tarde desemboca en una reducción de la migración fue descrita hace tiempo mediante la metáfora de la “joroba migratoria” (*migration hump*), que alude a un proceso transicional de la migración asociado a las estrategias de crecimiento económico con incorporación del cambio tecnológico y superación de las condiciones de bajos salarios y desempleo (Ghosh, 1997; Stalker, 2000). Un corolario de lo dicho es que, a largo plazo —y siempre que se atenúen las brechas de desarrollo— la migración podrá mermar en intensidad. La aplicabilidad de este supuesto es más nítida en el caso de la migración *sur-norte* que en el del patrón intrarregional, cuyas tendencias futuras parecen depender más de la forma en que se desarrollen los grandes espacios de integración subregional.

Las observaciones precedentes sugieren que, por lo menos a corto plazo, la migración tenderá a seguir aumentando. En tanto esta hipótesis merezca aceptación, cabe reconocer la inconsistencia que existe actualmente entre la creciente liberalización de la circulación de bienes y servicios y el rigor de las restricciones administrativas que se imponen al desplazamiento de las personas; dicho rigor se ve impulsado —y probablemente reforzado en la actual coyuntura internacional— por la existencia de un ambiente social negativo respecto de la inmigración en los países de mayor grado de desarrollo. Frente a los procesos económicos contemporáneos, varios autores señalan que las políticas migratorias tradicionales basadas en controles parecen perder legitimidad y eficacia (Moulier-Boutang y Papademetriou, 1994; Escobar, 1998; Pellegrino, 1995). El examen de la evolución de los *stocks*, flujos y sistemas migratorios, llevó a que Tapinos y Delaunay (2000) concluyeran que la actual ausencia de una globalización migratoria resulta de la persistencia de restricciones (explícitas o implícitas) a la movilidad, que se contraponen a la operación de las fuerzas del mercado (que propician la migración). Esta inconsistencia es especialmente notoria, por ejemplo, en el caso de la migración de recursos humanos de alto grado de calificación: si bien los países tradicionalmente receptores de migrantes establecen disposiciones en favor del ingreso de este tipo de personal (“importación de capital humano”), la defensa de los intereses de poderosos grupos gremiales impulsa la aplicación extrema de la “regla de prioridad”, impidiendo el aprovechamiento efectivo de tales recursos humanos (Iredale, 1998).

La inquietud (y aparente resistencia) que despierta la migración, especialmente en las naciones desarrolladas, puede inhibir las potencialidades de la liberalización de los mercados para promover un desarrollo más equitativo a escala global. Esta misma inquietud parece explicar la casi sistemática omisión del tema de la migración en las negociaciones conducentes a la suscripción de acuerdos multinacionales de comercio y aranceles, lo que implica dejar de lado el reconocimiento de una realidad —el intercambio de recursos humanos— cuyas manifestaciones entrañan problemas que podrían abordarse mediante esfuerzos conjuntos, como los relativos a la mejora de las condiciones laborales y la genuina vigencia de los derechos de las personas migrantes. Por ello, Tapinos y Delaunay (2000) afirman que la migración, a diferencia de lo que ocurrió en el pasado —cuando

desempeñó un papel fundamental en la articulación económica y social entre las naciones— parece haber sido excluida de la globalización contemporánea.

En virtud de las expectativas e incertidumbres que despiertan las iniciativas en favor de la integración económica de los países americanos, de la experiencia acumulada en materia de acuerdos subregionales y del reconocimiento del marco de creciente apertura de la región al resto del mundo, cobran fuerza las propuestas en favor de un regionalismo abierto.²² Estas propuestas, que concitan la aceptación generalizada entre los gobiernos y actores civiles de las sociedades de la región, abren la posibilidad de abordar, de manera explícita, los problemas y potencialidades de la migración; esta posibilidad se hará aun mayor si los esquemas de integración, en lugar de circunscribirse a “una concepción mercadista”, se encaminen a utilizar “todas las oportunidades económicas, culturales y políticas” involucradas (Di Filippo, 1998). Además de beneficiarse de las grandes ventajas de la vecindad —geográfica, económica, cultural y política— y de reforzar los regímenes democráticos, el regionalismo abierto puede alentar la articulación de intereses comunes frente a otras regiones, facilitando la suscripción de acuerdos en áreas como la transferencia (y empleo compartido) de recursos humanos calificados, la reducción de las formas de indocumentación, el combate al tráfico de personas, el establecimiento de sistemas comunes de información, el resguardo de los derechos humanos de los migrantes, la armonización de las políticas migratorias y, en general, la aplicación de convenios sobre el tratamiento de los migrantes.

El diseño de políticas en materia de movilidad de la población es una tarea pendiente, y su prioridad se evidencia en la dificultad para reconocer y enfrentar realidades que comprometen a la comunidad internacional. Tal tarea exige la cooperación y el esfuerzo mancomunado de los países para conducir adecuadamente los procesos migratorios en un contexto amplio de equidad social, consideraciones que deben formar parte de los esquemas de regionalismo abierto.²³ Dentro del ámbito de los esfuerzos de integración, esta labor puede complementarse fortaleciendo mecanismos institucionales que propicien la armonización de las políticas nacionales de migración. Una señal de avance en esta dirección es la Conferencia Regional sobre Migración (establecida en Puebla, México, en 1996), instancia de consulta y comunicación en que participan los países de América del Norte y Centroamérica; una iniciativa similar de los países de América del Sur está en vías de consolidación.

Si se acepta, como un principio básico, que el derecho de cada Estado a controlar el ingreso de extranjeros es sólo un aspecto de la migración internacional, y que ese derecho no se contrapone de manera absoluta con criterios de admisión comunes a los países de la región, es posible examinar la factibilidad de acuerdos sobre otros campos de la migración, como los relacionados con el mundo del trabajo, las prestaciones sociales y la reagrupación familiar (CEPAL/CELADE, 1995). Así, por ejemplo, las políticas dirigidas a las transferencias internacionales de recursos humanos podrán

²² El regionalismo abierto se concibe como "un proceso de creciente interdependencia económica a nivel regional, impulsado tanto por acuerdos preferenciales de integración como por otras políticas en un contexto de apertura y desreglamentación, con el objeto de aumentar la competitividad de los países de la región" (CEPAL, 1994, p.8).

²³ Entre los desafíos que la migración impone a los países cabe mencionar: la evaluación de sus determinaciones económicas (factores desencadenantes) y socioculturales (factores de perpetuación); la identificación de sus externalidades (transferencia de recursos humanos calificados, indocumentación, reagrupación familiar y flujos de remesas); el examen de sus distintas formas (tradicionales y novedosas); el análisis de las diversas opciones de intervención (fomento al arraigo, canalización de los flujos, segmentación temporal de los movimientos); la convergencia, en sentido amplio, de las políticas sociales, que incidirá directamente en la situación de las personas migrantes.

convertirse en un medio útil para fomentar la difusión e internalización del cambio tecnológico (propiciando un *brain exchange* en reemplazo del *brain drain*); posibilidades como ésta cobrarán fuerza si se avanza en la definición de un mercado común en materia de ciencia y tecnología, con la participación de agentes públicos y privados y con el auspicio de la cooperación internacional (OIM, 1993; Pellegrino, 2000). Ello ilustra cómo, mucho más allá de la actual coyuntura —cuyo examen, en todo caso, está pendiente—, los esfuerzos conjuntos contribuirán a hacer más coherentes las normas nacionales con las orientaciones económicas y políticas del contexto internacional contemporáneo; además, facilitará un mejor aprovechamiento de las contribuciones de la migración al crecimiento económico y al desarrollo socialmente sustentable. Por tanto, más allá de su dominio administrativo específico, las políticas en materia de migración deben propender a un estilo de gobernabilidad de la movilidad de la población que se inscriba de lleno en el contexto más general de las estrategias de desarrollo (Mármora, 1997), estilo que deberá preservarse frente a cualquier amenaza.

Referencias bibliográficas

- Alba, F. (2000), *Migración internacional, integración y convergencia económicas*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (2000).
- _____ (1998), *Integración económica y migración internacional*, Seminario sobre Migración Internacional y Desarrollo en Norte y Centroamérica organizado por la Conferencia Regional de Migración, México, D.F., mayo.
- Bustamante, J. (1994), "Migración indocumentada. Marco teórico y metodológico", *Desarrollo*, 24.
- Canales, A. y C. Zolniski (2000), *Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (2000).
- Castillo, M. A. (1990), "Población y migración internacional en la frontera sur de México: evolución y cambios", *Revista Mexicana de Sociología*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.
- Castillo, M. A. y R. Casillas (1998), "Características básicas de la migración guatemalteca al Soconusco chiapaneco", *Estudios demográficos y urbanos*, El Colegio de México, volumen 3, No. 3, México D.F.
- Castillo, M. A. y S. Palma (1999), "Central American international emigration: trends and impacts", en R. Appleyard, (ed.), *Emigration dynamics in developing countries, vol III: Mexico, Central America and the Caribbean*, Aldershot, Reino Unido, Ashgate Publishing Ltd., 285-331.
- CEDLA (Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario de Bolivia) y otros (2000), *Los derechos humanos de los migrantes*, Capítulo Boliviano de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo, La Paz, Bolivia.
- CELADE (Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía) (2000), "Migración internacional en América Latina, IMILA", *Boletín Demográfico*, CELADE, Santiago de Chile, año XXXIII, 65.
- _____ (1999), *Migración internacional en América Latina y el Caribe: algunos antecedentes empíricos*, CELADE, Santiago de Chile, (LC/DEM/R.266).
- _____ (1998), "América Latina: proyecciones de población 1970-2050", *Boletín Demográfico*, CELADE, Santiago de Chile, año XXXI, 62.
- _____ (1989), "Investigación de la migración internacional en Latinoamérica, IMILA", *Boletín Demográfico*, CELADE, Santiago de Chile, año XXII, 43.
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2000a), *Equidad, desarrollo y ciudadanía*, CEPAL, Santiago de Chile, (LC/G.2071,SES.28/3).
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2000b), *Uso productivo de las remesas familiares y comunitarias en Centroamérica*, CEPAL, México, D.F., (LC/MEX/L.420).
- _____ (1994), *El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe. La integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad*, CEPAL, Santiago de Chile (LC/G.1801/rev.1-P).
- CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano de Demografía) (1995), *Población, equidad y transformación productiva*, CELADE, Santiago de Chile, (LC/DEM/G.131/Rev.2).
- CEPAL/CELADE/OIM (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía/Organización Internacional para las Migraciones) (1999), *Migración y desarrollo en América del Norte y Centroamérica: una visión sintética*, serie Población y Desarrollo, 1.

CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía/Fondo de Población de las Naciones Unidas/Organización Internacional para las Migraciones/Banco Interamericano de Desarrollo) (2001), *Resumen y aspectos destacados del Simposio sobre Migración Internacional en las Américas*, serie Población y Desarrollo, 14.

_____ (2000), *Simposio sobre migración internacional en las Américas*, San José, Costa Rica, 4 al 6 de septiembre.

Di Filippo, A. (1998), *Integración regional latinoamericana, globalización y comercio sur-sur*, CEPAL, Santiago de Chile, (LC/R.1820).

Escobar, A. (1998), *Migración y desarrollo en Centro y Norteamérica: elementos para una discusión*, CIESAS Occidente, México, Seminario sobre Migración Internacional y Desarrollo en Norte y Centroamérica organizado por la Conferencia Regional de Migración, México, D.F., mayo.

Fortuna, J. y N. Niedworok (1985), *La migración internacional de uruguayos en la última década*, CIM/Universidad de Georgetown, Proyecto de Migración Hemisférica.

Ghosh, B. (1997), “Migración y desarrollo: algunos temas escogidos”, en *Revista de la OIM sobre Migraciones en América Latina*, 15, 1/3.

Hope, E. T. (2000), *Trends and patterns of migration to and from the Caribbean countries*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELA DE/FNUAP/OIM/BID (2000).

Iredale, R. (1998), *The Need to Import Skilled Personnel: Factors Favouring and Hindering its International Mobility*, Technical Symposium on International Migration and Development, The Hague, Netherlands, 29 June – 3 July, United Nations Administrative Committee of the Coordination Task Force on Basic Services for All, Working Group on International Migration.

Jaspers-Fajier, D. (1987), “Algunas notas sobre la estimación de la migración internacional”, *Notas de Población*, XV, 43.

Lim, L. L. (1998), *The processes generating the migration of women*, Technical Symposium on International Migration and Development, The Hague, Netherlands, 29 June – 3 July, United Nations Administrative Committee of the Coordination Task Force on Basic Services for All, Working Group on International Migration.

Maguid, A. (2000), *Sistemas de información migratoria en América Latina; un desafío todavía pendiente a inicios del nuevo milenio*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (2000).

Mármora, L. (1997), *Las políticas de migraciones internacionales*, Madrid-Buenos Aires, OIM-Alianza Editorial.

Martínez, J. (2000), *Migración internacional de jóvenes latinoamericanos y caribeños: protagonismo y vulnerabilidad*, CELADE, Santiago de Chile, serie Población y Desarrollo, 3.

_____ (1997), *Situación y tendencias de la migración internacional en Chile*, CELADE, Santiago de Chile, (LC/DEM/R.281), serie B, 120.

_____ (1992), *La migración de mano de obra calificada dentro de América Latina*, CELADE, Santiago de Chile (LC/DEM/G.126), serie A, 275.

Mills, F. (1997), *1990-1991 Population and housing census of the Commonwealth Caribbean. Regional monograph, intraregional and extraregional mobility, the new Caribbean migration*, Trinidad and Tobago, Caribbean Community.

Moulier-Boutang, Y. y D. Papademetriou (1994), “Sistemas y políticas migratorios: análisis comparativo de sus resultados”, *Desarrollo*, 24.

Naciones Unidas (1997), *Migración internacional y desarrollo. Informe conciso*, Nueva York, División de Población, Naciones Unidas, (ST/ESA/SER.A/164).

OIM (Organización Internacional para las Migraciones) (1993), *Seminario regional latinoamericano. Conclusiones y recomendaciones*, Punta del Este, Uruguay, marzo.

Pellegrino, A. (2001), *Migrantes latinoamericanos: síntesis histórica y tendencias recientes*, Montevideo, CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe y Universidad de la República de Uruguay).

_____ (2000), *Drenaje, movilidad, circulación: nuevas modalidades de la migración calificada*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (2000).

_____ (1995), "La migración internacional en América Latina", *Notas de Población*, 62.

_____ (1993), "La movilidad internacional de fuerza de trabajo calificada entre países de América Latina y hacia los Estados Unidos", *Notas de Población*, 57.

Portes, A. (1997), "Immigration theory for a new century: some problems and opportunities", en *International Migration Review*, vol. 31, 4.

Rowlands, D. y A. Weston (1996), "How Aid, Trade and Development Affect Migration", en *Canadian Foreign Policy*, vol. 4, 1.

Samuel, W. (2000), *Migration and remittances: a case study of the Caribbean*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (2000).

Sassen, S. (1988), *The mobility of labor and capital*, Cambridge, Cambridge University Press.

Schmidley, A. y C. Gibson (1999), *Profile of the foreign-born population in the United States: 1997*, Washington, DC, U.S. Census Bureau, Current Population Reports, series P23-195, (www.census.gov).

Simmons, A. y J. Guengant (1992), "Recent Migration within the Caribbean Region: Migrant Origins, Destinations and Economics Roles", en International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP) (ed.), *El poblamiento de las Américas*, Veracruz, Actas, vol. 2.

Stalker, P. (2000), *Workers without frontiers. The impact of globalization on international migration*, Boulder, Lynne Rienner Publishers, Inc.-ILO.

Tapinos, G. y D. Delaunay (2000), "Can one really talk of the globalisation of migration flows?", en OECD (ed.), *Globalisation, migration and development*, Paris, Francia, OECD Proceedings.

Torres, F. (2000), *Uso productivo de las remesas en México, Centroamérica y República Dominicana*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (2000).

Tuirán, R. (1998), *Desarrollo, comercio y migración*, Seminario sobre Migración Internacional y Desarrollo en Norte y Centroamérica organizado por la Conferencia Regional de Migración, México, D.F., mayo.

United Nations (2000), *World population monitoring, 2000. Population, gender and development*, New York, Department of Economic and Social Affairs, Population Division (ESA/P/WP.159).

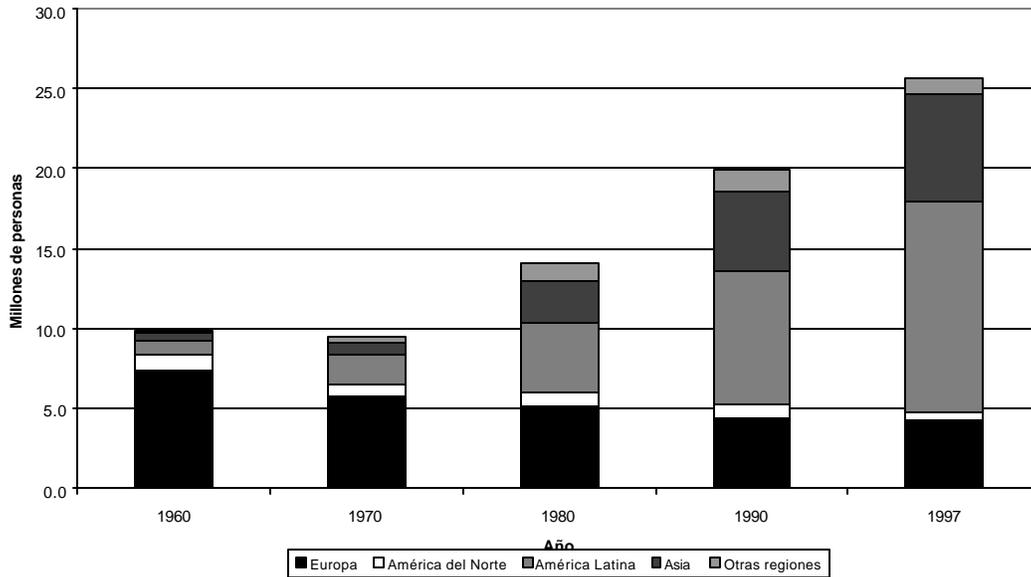
Villa, M. (1996), "Una nota acerca del Proyecto de Investigación sobre Migración Internacional en Latinoamérica - IMILA", en N. Patarra (comp.), *Migrações internacionais: herança XX, agenda XXI*, Campinas, Programa Interinstitucional de Avaliação e Acompanhamento das Migrações Internacionais no Brasil, v. 2.

Villa, M. y J. Martínez (2000), *Tendencias y patrones de la migración internacional en América Latina y el Caribe*, ponencia presentada al Simposio sobre migración internacional en las Américas, en CEPAL/CELADE/FNUAP/OIM/BID (2000).

Working Group on International Migration (1998), *Issues Related to International Migration and Development*, ACC Task Force on Basic Social Services for All, Information Note, New York.

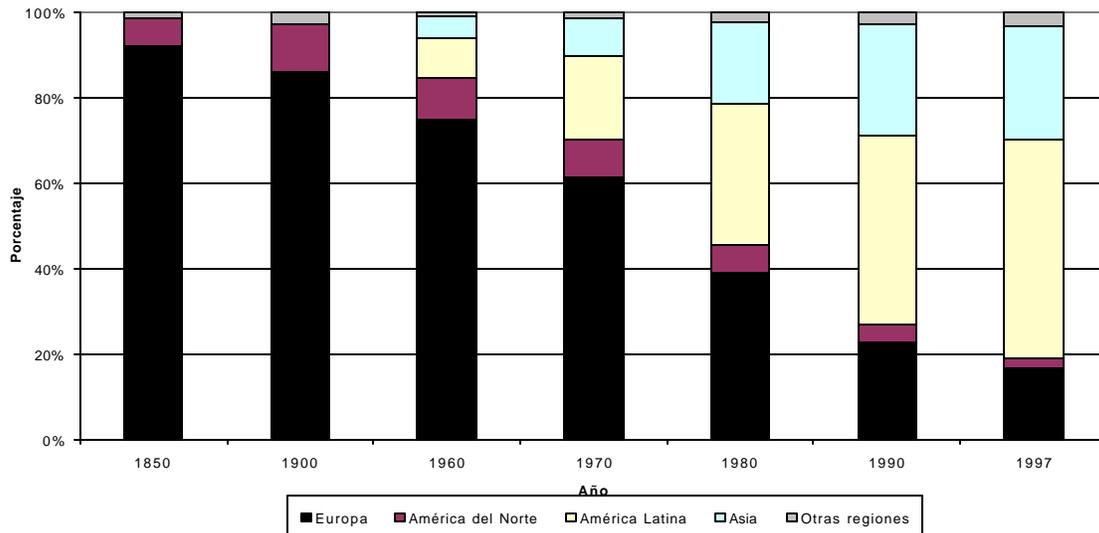
ANEXOS

Gráfico A.1
ESTADOS UNIDOS: POBLACIÓN INMIGRANTE SEGÚN
REGIONES DE NACIMIENTO. 1960-1997



Fuente: Schmidley y Gibson (1999).

Gráfico A.2
ESTADOS UNIDOS: DISTRIBUCIÓN RELATIVA DE LA POBLACIÓN INMIGRANTE
SEGÚN REGIÓN DE ORIGEN. 1850-1997



Fuente: Schmidley y Gibson (1999).

Cuadro A.1
 AMERICA LATINA Y EL CARIBE: POBLACION INMIGRANTE SEGÚN PROCEDENCIA.
 1970, 1980 Y 1990 a/

Procedencia	Fechas censales <u>b/</u>			Tasas anuales de crecimiento	
	1970	1980	1990	1970-1980	1980-1990
Resto del mundo (Inmigración de ultramar)	3873420	3411426	2350441	-1.27	-3.68
Porcentaje	76.1	63.1	51.2		
América Latina y el Caribe (mig. intrarregional)	1218990	1995149	2242268	4.83	1.17
Porcentaje	23.9	36.9	48.8		
Total	5092410	5406575	4592709	0.60	-1.63
Porcentaje	100.0	100.0	100.0		

Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.

a/: El número de países considerados es de 16 en 1970; 14 en 1980 y 13 en 1990.

b/: Las fechas corresponden a las de las rondas de censos nacionales.

Cuadro A.2
 LATINOAMERICANOS Y CARIBEÑOS EN EUROPA Y
 OTROS PAÍSES CON INFORMACIÓN DISPONIBLE.
 CIRCA 2000

País de presencia	Total
Alemania	87614
Austria <u>a/</u>	2308
Bélgica	4962
Dinamarca	865
España	149571
Francia <u>a/</u>	41714
Holanda	157745
Italia	116084
Noruega	14937
Portugal	25531
Reino Unido <u>b/</u>	500000
Suecia	19930
Total Europa	1121261
Australia	74649
Canadá	553220
Israel	78259
Japón	284691
Total países con información	2112080

Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.

a/ : Corresponde a 1990.

b/ : Thomas-Hope (2000).

Cuadro A.3
 ESTADOS UNIDOS: POBLACION INMIGRANTE DE ORIGEN LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO.
 1970, 1980 Y 1990

Procedencia	Fechas censales			Tasas anuales de crecimiento	
	1970	1980	1990	1970-1980	1980-1990
América del Sur	234233	493950	871678	7.13	5.53
Porcentaje	13.6	11.3	10.4		
Mesoamérica	873624	2530440	5391943	9.73	7.22
Porcentaje	50.6	57.7	64.4		
Caribe y otros	617551	1358610	2107181	7.50	4.32
Porcentaje	35.8	31.0	25.2		
Total	1725408	4383000	8370802	8.70	6.25
Porcentaje	100.0	100.0	100.0		

Fuente: Proyecto IMILA de CELADE.